

La perspectiva tepaneca

Rodrigo Martínez Baracs*

María Castañeda de la Paz, *Conflictos y alianzas en tiempos de cambio: Azcapotzalco, Tlacopan, Tenochtitlan y Tlatelolco (siglos XII-XVI)*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2013, 504 pp.

El libro de María Castañeda de la Paz titulado *Conflictos y alianzas en tiempos de cambio: Azcapotzalco, Tlacopan, Tenochtitlan y Tlatelolco (siglos XII-XVI)*, editado por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, es un estudio denso, riguroso, erudito y muy valioso sobre un tema difícil. La dificultad no consiste tanto en ubicar y acopiar las fuentes, manuscritas y pintadas, muchas de

ellas muy poco estudiadas, sino en analizarlas de manera a la vez crítica y creativa para aprovecharlas al máximo, con el fin de aproximarlos a la historia de estos cuatro importantes reinos o *altepetl* nahuas de la cuenca de México durante los últimos cuatro siglos antes de la conquista y el primer siglo de presencia hispánica en América.

Como podrá suponerse, de los cuatro señoríos analizados, Tenochtitlan es el más conocido, sobre todo porque era el que dominaba cuando llegaron los españoles, y por lo tanto predominó su versión (o más bien, sus versiones) de su historia y de los conflictos y alianzas con los otros tres señoríos. La mayor parte de los documentos que nos han llegado dan la versión tenochca de los acontecimientos, y las versiones azcapotzalcas, tlacopanecas y tlatelolcas han sido de más difícil acceso y han sido menos atendidas. Abrió el ca-

mino el gran libro de Pedro Carrasco sobre el Imperio tenochca.

Cuando llegaron los españoles, dominaba en Mesoamérica el imperio de la Triple Alianza, a veces llamada *Excan Tlatoloyan* en náhuatl; en ésta, Tenochtitlan ocupaba el primer sitio, un lugar dominante y de modales altamente militaristas. En segundo lugar quedó Tezcoco y en tercero Tlacopan. Esta diferencia política-militar se reflejó en las fuentes. Y si los tepanecas de Tlacopan son relativamente poco conocidos, los de Azcapotzalco lo son todavía menos, pues la Triple Alianza se constituyó precisamente con el fin de combatir la supuesta "tiranía" de Maxtla, llamado con sorna Maxtlaton, tlatoani del poderoso altepetl tepaneca de Azcapotzalco, derrotado en 1428-1431, de modo que la historiografía tepaneca fue igualmente castigada, se perdió la visión de estos vencidos (para usar

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

el fructífero concepto de Miguel León-Portilla). En el caso de los mexicas tlatelolcas que compartían la isla de México con los mexicas tenochcas, y que compartieron una historia de migraciones, asentamientos y conflictos que condujeron a la victoria tenochca en 1473, la versión tlatelolca de los hechos se vio también opacada, pese a la relativa abundancia, riqueza e interés de las fuentes tlatelolcas.

Durante mucho tiempo la versión mexica tenochca y tenochca-céntrica de los hechos predominó, en primer lugar porque casi sólo se estudiaban documentos en español, y porque el nacionalismo mexicano se definió como continuación de la historia mexica tenochca. Esta fue la versión oficial de la historia de México, dominante de la educación primaria en adelante, en los medios académicos, letrados y aun políticos de oposición (el Partido del Sol Azteca). Pero la situación comenzó a cambiar con el estudio creciente de los documentos en lengua náhuatl y con la conciencia de que México es muchos Méxicos, de que la historia mexicana es la conjunción de muchas historias, y de que particularmente en el periodo prehispánico el marco de la vida de la gente era su altépetl, reino o señorío, cada uno de los cuales tenía su propia historia oficial, que era una historia estatal, y en buena medida propagandística y altamente ideológica. Al patriotismo del altépetl corresponde una historiografía de cada altépetl.

Ahora sabemos, entonces, que no sólo la versión de los vencedores, de los mexicas tenochcas (los vencedores provisionales que esta-

ban allí cuando llegaron los españoles) impide conocer las versiones de los vencidos, sino que la versión que dan de sí mismos los mexicas es una versión alterada, como lo mostró Miguel León-Portilla, y además no es una sola versión, sino varias: la tradición de la *Crónica X*, bautizada por Robert H. Barlow, la del *Códice Y*, bautizado por María Castañeda de la Paz, y otras tradiciones orales, pintadas y escritas. Cada una de estas fue hecha en diferentes momentos y circunstancias que en el mejor de los casos conocemos mal. Tal versión o reescritura de la historia mexica se comenzó en tiempos de Itzcóatl y de Moteuczoma Ilhuicamina, y su *cihuacóatl* Tlacaélel, y siguió en tiempos de Moteuczoma Xocoyotzin, como lo señala Michel Graulich, y en otros momentos que no conocemos.

De modo que ahora que más sabemos sobre la historia mexica tenochca, descubrimos que es cuando menos sabemos, porque relativizamos todo lo que creíamos saber y se abren profundas dudas. Ya no creemos en las antiguas historias, como la de los *mexitin* dirigidos por Mexi que se transforman en *mexicah* antes de llegar al lugar al que bautizaron México, puesto que sabemos que la isla ya se llamaba México antes de la llegada de los españoles, *Amadetzana* en otomí, en el Ombligo de la Luna. Pero al menos sabemos ya que estas antiguas historias se fabricaban. Sabemos, sin embargo, que algo de esto sucedió, que el mito expresa de manera más o menos indirecta la realidad. Y como lo expresó Karl Marx en sus "Tesis sobre Feuerbach" de 1845, es necesario enten-

der qué desgarramientos de la realidad hicieron necesaria la producción social de las historias de dioses y antepasados.

De modo que en su libro María Castañeda no sólo trata de restituir la complejidad de una historia entreverada, que abarca no sólo a los vencedores tenochcas sino también a los vencidos azcapotzalcas, tlacopanecas y tlatelolcas, sino que la incorporación de las versiones de los vencidos es un componente fundamental y decisivo para restituir ciertas verdades de la historia de los vencedores tenochcas, vencidos por los españoles. Se ciñe su historia con las otras historias, en los "tiempos de cambio" marcados por las fechas de 1428 (la derrota de Azcapotzalco por Tenochtitlan), 1473 (la derrota de Tlatelolco por Tenochtitlan) y 1521 (la derrota de todos por los españoles), después de lo cual continúa una historia de "conflictos y alianzas" entre los cuatro altépetl.

En *Conflictos y alianzas en tiempos de cambio* se iluminan entre sí las historias azcapotzalcas, tlacopanecas, tenochcas y tlatelolcas, y se incorporan también otras versiones y tradiciones, la tezcocana y la chalca, entre otras. Surge entonces la duda de por qué, si María Castañeda estudia con tanta atención las fuentes acolhuas tezcocanas, no incorpora el estudio de Tezcoco al libro. Una primera razón es la densidad y el volumen de la información: si de por sí el libro es denso y voluminoso, se haría inmanejable e ilegible incluyendo a Tezcoco, pues la historiografía tezcocana es aun más amplia que la tepaneca y también es bastante complicada. Pero una razón de fon-

do para restringir el análisis a la historia de los cuatro señoríos, es la interesante cuestión del común origen tepaneca que compartían no solamente Azcapotzalco, Tlacopan y Mexico Tlatelolco, sino también Mexico Tenochtitlan. Esta hipótesis es la contribución más importante del libro de María Castañeda, quien cuestiona la historia oficial mexica tenochca según la cual ellos son antiguos chichimecas emparentados con los civilizados, toltequizados, colhuas de Colhuacan. La vencida Azcapotzalco es la gran vencedora de este libro defensor del origen tepaneca del linaje mexica.

Otra dimensión de la dificultad de este estudio es que ante la escasez de narrativas históricas antiguas de estos altépetl subordinados o vencidos, se hace necesario complementarlas con información de sucesos y pleitos judiciales del siglo XVI, incluidos a menudo en pleitos de los siglos XVII y XVIII. El periodo posterior ilumina al anterior, y viceversa, y ésta es otra de las riquezas del libro, el mantenimiento de las alianzas matrimoniales entre los antiguos linajes décadas después de la Conquista.

Es rico el aporte de María Castañeda sobre los tepanecas prehispánicos. Cuestiona la visión que dan las historias de la llegada de migrantes norteros a zonas que supuestamente estaban deshabitadas, aunque ciertamente no lo estaban. Escribe María Castañeda que “desde el punto de vista de estos pueblos, la historia de estos altépetl tenía su comienzo con la llegada de nuevos linajes al poder, soterrando cualquier otro evento histórico del pasado”. Ya asentados,

los recién venidos establecieron vínculos familiares con los linajes toltecas, algunos de los cuales se toltequizaron más, como el altépetl de Azcapotzalco, fundado por Acolhua, cuyo hijo Tezozómoc creó el imperio tepaneca de Azcapotzalco, que dominaba a Tlacopan, Tlatelolco y Tenochtitlan. A resultas de la derrota de Azcapotzalco en 1428-1431 los tenochcas vencedores buscaron romper el recuerdo de su origen tepaneca e hicieron de Acamapichtli descendiente de la casa real de Colhuacan, y por eso se hicieron llamar colhuas (por lo que, comento, no debe pronunciarse Culúa, Ulúa, sino Colua, Ulua, como lo registra fray Bartolomé de las Casas). Y observa María Castañeda que sólo la tradición tezcocana acolhua recuerda que Acamapichtli, primer tlatoani de Tenochtitlan, era hermano del tlatoani tepaneca Tezozómoc.

Acamapichtli borró la tradición historiográfico-política de Azcapotzalco para reforzar su frágil poder. Cambió la capital tepaneca de Azcapotzalco a Tlacopan, que incorporó a la Triple Alianza, y estableció un gobierno mexica en la parcialidad de Mexicapan de Azcapotzalco. Pronto, además, el altépetl tepaneca de Tlatelolco fue sometido a los tenochcas en la guerra de 1473. Se imbricaron los vínculos entre Tenochtitlan y Tlatelolco, expresados por la figura tenochca y tlatelolca de Cuauhtémoc.

La parte del libro sobre el siglo XVI incluye valiosas reconstrucciones de datos sobre muchos nobles y gobernantes, hombres y mujeres. Las fuentes son escasas y complicadas. Es el caso de don Martín Écatl, guerrero tlatelolca y gober-

nador de Tlatelolco en 1524-1527 o después; María Castañeda sugiere que su nombre, Martín Écatl, Ecatzin, Ehécatl es un error, pues en un “Memorial de los indios principales de la ciudad de Mexico Tlatelolco” de 1537 (del Archivo General de Indias, de Sevilla), aparece como *tlacatecatl* (*tlacateccatl*), y en las referencias posteriores del siglo XVI se le llamó Écatl, que sería una abreviatura (pp. 200-201). No estoy muy seguro, porque el *tlacateccatl* es un cargo militar, que don Martín Écatl tenía, junto con el de *otómitl*, y el nombre de Écatl, que tenía su peso religioso y calendárico, aparece de manera unánime en las fuentes.

María Castañeda sigue a Jorge Gurría Lacroix en su desconfianza ante la narrativa de los *Anales de Tlatelolco*, recientemente traducidos por Rafael Tena, sobre don Pedro Temilotzin y don Martín Écatl, como producto de rumores sensacionalistas. Con igual espíritu crítico habría que incorporar la interesante referencia a don Martín Écatl en el *Códice Aubin*, en el que advierte a los mexicas que no se vaya a repetir la matanza de Cholula en Tenochtitlan. En el *Códice florentino* aparece como bravo capitán en la Conquista, y por ello requiere explicación que haya sido promovido como gobernador de Mexico Tlatelolco, para lo cual debió ser decisivo su viaje a España que refieren los *Anales de Tlatelolco*.

También merece atención la cuestión de los matrimonios de doña Isabel de Moctezuma, Tecuichpo, hija de Moteuczoma, con tres prominentes miembros de la familia real tenochca, antes de casarse con tres españoles. En un estudio sobre ella, puse en cues-

tión los dos primeros supuestos matrimonios con Atlixcatzin y con Cuitlahuatzin, pero acepté el matrimonio con Cuauhtémoc, aunque observé que la mayor parte de las fuentes que lo mencionan están vinculados a los intereses historio-gráfico-jurídicos de Juan Cano, esposo español de doña Isabel, quien mencionó su matrimonio con Cuauhtémoc en su “Entrevista” de 1544 con el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo. María Castañeda de la Paz niega rápidamente el matrimonio de doña Isabel con Cuauhtémoc, cuestión que merece mantenerse abierta. Me viene a la memoria la explicación prudente de algunos historiadores que aclararon que el matrimonio se realizó pero no se “consumó”, debido a la juventud de Tecuichpo.

Hay varios asuntos relativos a doña Isabel de Moctezuma que seguirán requiriendo el escrutinio de las fuentes, con la esperanza de que aparezcan nuevas. Menciono algunos: la identidad de su madre: la tlacopaneca Tayhualcan, según las fuentes judiciales vinculadas a la encomienda de Tlacopan, que le habría otorgado Cortés en 1526, o la mexica tenochca Tecalco, según las fuentes judiciales vinculadas con la lucha de Juan Cano, por apropiarse de las tierras que le debían corresponder a su esposa doña Isabel, por ser bienes patrimoniales de su padre el *hueytlatoani* Moteuczoma Xocoyotzin. Puede que tenga razón María Castañeda al defender el linaje materno mexica de doña Isabel, aunque debe mantenerse la duda sobre su relación con el linaje tlacopaneco

(acaso provenía de su abuela materna).

Respecto a su carácter como encomendera de Tlacopan, debe tenerse presente que en ningún momento ella fue propiamente la encomendera de Tlacopan, pues lo fueron siendo sus sucesivos maridos españoles, Alonso de Grado, Pedro Gallego y Juan Cano, aunque su propiedad siguiera en sus manos, como lo establecía la legislación española sobre la dote y las arras, gracias a lo cual doña Isabel dictó en 1550 en su testamento que heredó la encomienda de Tlacopan no a sus hijos con Juan Cano, sino a su primogénito, el joven don Juan de Andrada, su hijo con Pedro Gallego, lo cual ocasionó interminables pleitos sucesorios.

Respecto a Juan Cano y doña Isabel Moctezuma, un aporte del libro de María Castañeda es el análisis diferenciado de las dos *Relaciones franciscanas de 1532*, una de las cuales, la *Relación de la genealogía...*, es la primera, mientras que *Origen de los mexicanos* sería posterior y expresa diferentes necesidades.

Menciono otra aportación de María Castañeda, referida a Antonio Valeriano, el ilustre nahua de Azcapotzalco colaborador de fray Bernardino de Sahagún en sus obras sobre el México antiguo y de evangelización, que fue juez-gobernador de la ciudad india de Mexico Tenochtitlan entre 1573 y 1605. Hasta la fecha se había aceptado que no era noble, siguiendo al cronista mexica don Hernando Alvarado Tezozómoc (*àmo pilli*), quien lo escribió por envidia debido al

éxito literario y político de Valeriano, según María Castañeda, quien documentó que era hijo de don Francisco de Alvarado Matlacóhuatl, y por lo tanto, nieto de Tezozómoc Acolnahuácatl y bisnieto del hueytlatoani Axayácatl. Así se explica que Valeriano ingresara al Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, destinado a los hijos de los nobles, y que se casara con doña Isabel de Alvarado, hija de don Diego de Alvarado Huanitzin y descendiente por líneas paterna y materna del mismo Axayácatl. Y respecto a su proveniencia de Azcapotzalco, María Castañeda precisa que nació en Mexicapan, la parcialidad mexica de Azcapotzalco, no en Tepanecapan, la parcialidad tepaneca. Se enriquece la figura de don Antonio Valeriano, el probable autor o coautor de la versión original del *Nican mopohua*, primera versión en lengua náhuatl de las apariciones de la Virgen de Guadalupe a Juan Diego en Tepeyácac

Lamento no poder mencionar más historias prehispánicas e hispanicas de las que narra y entretiene con erudición y sentido crítico María Castañeda. Su libro es un gran concierto y una gran síntesis sobre la perspectiva tepaneca del México antiguo y colonial, pero no es una síntesis cerrada, pues está abierta a los aportes de los historiadores interesados en meterse en el estudio, cuestionamiento y pleno aprovechamiento de las insuficientes fuentes existentes sobre nuestras historias fundacionales.

Tenochtitlan, sábado, 27 de
septiembre de 2014